

# La mujer en la economía de Juchitán

Anna Boyé

Universidad de Barcelona

2010

## Introducción

En primavera del 2005 viajé a la ciudad de Juchitán, al sur de México, para estudiar esta comunidad. Allí las mujeres, indias zapotecas que controlan la vida económica de la ciudad, poseen costosos trajes artesanales y joyas de oro que heredan de madres a hijas. Son reconocidas en todo México por su inteligencia, valentía, habilidad y audacia en los negocios. La economía y el comercio están en sus manos.

## Las juchitecas y la economía

En casa de Juanita se prepara la molienda. Ha comprado chile ancho, pan, ajonjolí, pasitas, almendras, nuez, plátanos macho, cebolla, canela, chocolate, pimienta y azúcar. Na Dalila, Roselia y las 16 vecinas llevan desde la madrugada trajinando. Los hombres ya han matado la res. El fuego está preparado y la carne troceada. Son las nueve de la mañana y las mujeres continuarán trabajando y platicando hasta el final del día. Mañana se celebra la Misa por Gustavo Zarate. Juanita, su viuda, tiene 42 años, cuatro hijos y es tabernera.

Hace mucho calor en Juchitán, mientras hago las fotos, en casa de Juanita, el grupo de mujeres que han acudido a ayudarla en la elaboración de la comida en honor a su difunto marido, disfrutan del placer de estar juntas. Comparten con generosidad el tiempo para recordarle a la viuda que no está sola, pues las mujeres de esta tierra son muy solidarias y el honor y el prestigio se miden en la disposición para colaborar con los demás. Hoy por ti mañana por mí, me dice Roselia que siempre lleva unos pesos en el bolsillo, porque si una amiga te cuenta su pena, quizá tú puedas aligerarla con la "limosna", un regalo. Esta costumbre es muy común entre las mujeres de la comunidad.



En casa de Juanita durante la molienda

Ahora me entretengo en desmenuzar el texto de K. Polanyi, y me viene bien recordarle cuando explica que la economía de las sociedades está integrada y sumergida "incrustada" en instituciones de tipo económico y extraeconómico, ya sean políticas, religiosas, de parentesco... y que para su estudio son necesarios los conceptos de reciprocidad, redistribución e intercambio. Estos conceptos me servirán para elaborar un estudio de la economía de estas mujeres.

En Juchitán las mujeres tienen su espacio: el comercio, la organización de las fiestas y velas, la casa y la calle. Los hombres el suyo: el campo y la pesca, la política y la cantina. Existe una economía de subsistencia en la que el hombre aporta la materia prima y la mujer se ocupa de comercializar los

productos en el mercado. Se trata de una economía en la que el prestigio se basa en la reciprocidad y la confianza entre mujeres.

En Juchitán los negocios y el mercado giran entorno a la figura de la madre. Un ejemplo de ello es Cecilia Santiago que trabaja vendiendo comida desde hace 24 años, su madre, que preparaba tortillas, le enseñó todo lo que sabe, incluso a bordar el traje regional, y a cuidarse y a ser independiente. “Antes a la hembra se la educaba en casa, porque es más lista para los negocios, a los chavos (hombres) se les enviaba a estudiar”-dice-. Cecilia cree que la figura de las madres es fundamental en la economía de la ciudad. Pues son ellas las que transmiten la valentía y la habilidad en los negocios tan necesarias para defenderse en la vida. Y esta filosofía matriarcal es lo que las hace asentar y controlar la economía.



La familia de Cecilia Santiago

Los campesinos juchitecos, no están obligados a cultivar productos para el mercado nacional, sujeto a las fluctuaciones de precios del mercado mundial y por lo tanto inseguro. Por la vinculación del trabajo campesino con el trabajo comercial de las mujeres, tienen la posibilidad de satisfacer más que las necesidades primarias. Debido a la división sexual del trabajo que hay en la comunidad, ellos en el campo con los productos de subsistencia, y ellas en el mercado con los alimentos ya elaborados y preparados para la venta, se establece el respeto mutuo, y los campesinos deciden en favor de aquellos productos de consumo local, que son la base de la producción de las mujeres.

Un ejemplo: Mario cultiva “Zapalote chico”, un tipo de maíz, que sólo se cultiva en el Istmo, este maíz es muy resistente al viento del norte que azota la tierra y es resistente a plagas y enfermedades. Además permite 2 y hasta 3 cosechas al año, pero tiene un inconveniente, su mazorca es muy pequeña y su rendimiento bajo. La industria agrícola del país ha ofrecido a los campesinos y a las campesinas de Juchitán otros tipos de maíz para cultivar, y para que, más allá del propio consumo, se beneficiasen de un mercado nacional mucho más amplio. Pero los nuevos tipos de maíz híbrido no han dado resultado. No solo por el clima, sino porque no “eran buenos” (eran quebradizos y secos) para la realización de los totopos, las tortillas y las otras comidas realizadas por las mujeres. Así, el “gusto” y aprecio por las maneras tradicionales y el sabor local rigen en la toma de decisiones de esta comunidad donde la economía está en manos de las juchitecas.

La gente de Juchitán no depende para su subsistencia del trabajo asalariado industrial, ni tampoco están sometidas a los altibajos del mercado nacional e internacional. A pesar de que en esta tierra se vive del mercado, del comercio, de la agricultura y de la pesca. Pero se trata de una economía local y regional con mecanismos propios. Una de las razones de esta independencia económica es que la gente de esta zona, sobre todo las mujeres, no permiten que se les quite nada. No ha podido

establecerse ninguna de las grandes cadenas de venta de productos duraderos de origen industrial. No hay grandes almacenes ni supermercados. Ninguna mujer compraría en ellos.

Afirma Veronika Benholdt-Thomsen, antropóloga que vivió y desarrolló un estudio en la zona:

“Si una región mantiene la independencia frente a los mecanismos de la Economía de libre Mercado, también puede salvarse de los efectos de la crisis. Muy al contrario de otras zonas de Méjico, en Juchitán existe un alto nivel de calidad de vida”.

En la ciudad viven 78.493 habitantes. De los cuales 37.936 son hombres y 40.557 mujeres. Y ellas, desde que se tiene memoria, disfrutaban de un poder y una independencia insólitas en una cultura patriarcal como es la mexicana. Juchitán significa “lugar de las flores”. El municipio está situado en un llano. Al norte la Sierra Madre. Atraviesa la ciudad el río de los Perros. Tiene agua potable y alumbrado público. Es una ciudad con carácter rural. La gente se gana la vida en el campo, cultivando sorgo y frijoles; en la pesca. ribereña del camarón y en alguna fábrica de refrescos o pinturas. Aunque también está el turismo, atraído por sus fiestas y sus mercados. Frida Kahlo, cuya madre era de la región, lucía con frecuencia en sus autorretratos el traje y las joyas tradicionales de la zona.

Al son de “La Sandunga”, el canto típico del istmo de Tehuantepec, bailan las mujeres en la “Vela Cheguigo”. En mayo se organizan muchas velas (fiestas) en honor a San Vicente Ferrer patrón de Juchitán. Las fiestas coinciden con los solsticios, las fases de la luna y el cambio de las estaciones del año, que están en relación con el ciclo de la vida natural: la siembra y la cosecha, el nacimiento y la muerte. Y su origen nace en las costumbres animistas zapotecas que adoraban animales y plantas. De ahí la “vela lagarto”, “vela ciruelo”, “vela jazmín”... Era el culto a la tierra y a la fertilidad.

Hoy leo en un cartel de la calle donde vivo:

Fiestas titulares de Juchitán

día 27 Vela Cheguigo

día 28 Tirada de frutas

día 29 Misa y lavada de ollas

Las juchitecas van llegando a la fiesta con sus vestidos de artesanía que renuevan cada año. El traje de gala, falda y huipil, se elabora en terciopelo negro. Lo adornan flores de mayo y rosas bordadas con hilo de algodón. Joyas de oro que heredan de sus madres. Al entrar depositan en la mano de la mayordoma, que así se llama a la organizadora del evento, la “limosna” o contribución. Se reparte entonces la ensalada de camarón, los chiles rellenos y los tamalitos. Se sirve la cerveza, mientras los hombres se sientan detrás, en las últimas filas. Este tipo de celebraciones permiten que se realice una constante redistribución de la riqueza. Por eso de las comerciantes más ricas se espera mayor colaboración. Y de esta forma se establece una red de ayuda mutua y apoyo.

También son las mujeres las que organizan los sistemas de tandas o créditos, para conseguir dinero, joyas y trajes de artesanía. Para ellas el comercio es una forma de afirmarse ante la vida, para sentirse productivas, útiles y creativas. Y para que te respeten por lo que eres capaz de dar. Las mujeres han creado así un orden social de seguridad.

Na Maria Luisa es partera y borda por las tardes trajes tradicionales. Ella me explica que aunque hay cuatro bancos en la ciudad, ninguna mujer se acerca a ellos a pedir créditos. Eso lo han solucionado con el sistema de tandas. Me pone un ejemplo. Hace poco Cecilia, Amaranta,

Marina, Rosa, Carla, Anna, Yolanda, Viviana, Roselia e Irma organizaron una para comprar 10 trajes regionales que oscilan entre mil y dos mil dólares cada uno. Se fijan 10 fechas de entrega de los trajes de enero a junio. Y la mujeres irán aportando dinero semanalmente, a diario o según convenga cada una. Así ordenadamente se irán pagando los vestidos a Na María Luisa y a las otras artesanas. La confianza y la lealtad es común entre estas indias zapotecas.



Las mujeres bailan en la "Vela Cheguigo"

En los preparativos de la fiesta y de la comida la mayordoma no está sola. Los miembros de su familia y los vecinos cooperan. Las mujeres conversan, se ríen y todo es jolgorio.

Recuerdo los días vividos en esta comunidad donde el trabajo se mezcla con la vida misma, es diversión, el yo queda definido con el tú y donde la solidaridad del grupo prevalece.

Pienso que en Juchitán el trabajo de las mujeres es una forma de expresar su propia esencia, en la venta: una canción, en el regateo de las comerciantes una risa y así todos los días. Una afirmación constante del gran papel que juegan en la economía de la ciudad. Un orgullo. Una forma de divertimento cotidiano que hace fuertes a las mujeres y donde se mezcla el trabajo con el ocio.

En las calles de Juchitán, las mujeres se afanan para llegar al mercado y vender sus mercancías. A los hombres ni se les ve. Será porque ellas tienen tanta presencia que ocupan toda tu atención. Caminan ceremoniosamente, los cuerpos orondos, la mirada noble, el hablar fácil. Algunas tienen su puesto heredado de las madres, otras escogen un lugar en el recinto, pagando una pequeña cantidad de dinero. Pero todas conocen el arte del regateo. Todas las mujeres van una vez al día al mercado, ya sea como compradoras o como vendedoras. Es el lugar público de las mujeres. Allí se comentan todos los temas de interés. Cualquier juchiteca tiene derecho a vender su producto en el mercado pagando una cuota. El mercado, que comienza en la Plaza Zócalo, funciona desde las 8 de la mañana hasta las 10 de la noche con las últimas garnacheras que venden sus garnachas de tortilla, patata, carne de pollo y de res, cebollas, col y salsa picante. El mercado no cierra los domingos.



Mercado de Juchitán, vendedora

Las mujeres jóvenes tienen que dominar las estrategias del mercado, pero también tienen que tener éxito social. Solo si asisten a las fiestas y aportan su “limosna” y sus regalos, si ayudan en los preparativos sin que nadie se los pida, si se hacen cargo de los gastos y son responsables durante la organización del festejo, si demuestran que no se aferran a lo propio y ayudan a las compañeras que han tenido mala venta, son dignas de confianza.

Se acostumbra a comprar en el puesto de las parientas, de las amigas, vecinas y otras comerciantes con las que existe algún tipo de compromiso. Los precios se determinan según el estado de la cuenta de la reciprocidad. Si la vendedora no acepta el pago de su cliente, esta sabe que deberá hacer un obsequio o servicio que se le solicitará en los próximos días. Nunca emplean vendedoras a cambio de un salario... Siempre son parientes cercanos. Juchitán es un mercado regional, donde una cuarta parte de los compradores vienen de fuera.

El objetivo de toda la actividad productiva es la satisfacción de las necesidades del día a día, el prestigio y una buena posición dentro de la comunidad, nunca la acumulación. Hay que ganar el sustento del día, o sea, la comida la bebida para la madre y sus hijos, para la familia, y una cantidad para otros gastos domésticos como ropa, escuela..., además del “capital” para el negocio del día siguiente. Las ganancias son invertidas en monedas de oro, en joyas y vestidos artesanales.

Es representativo el caso de María Ciro que cita en su trabajo sobre la ciudad “Juchitán, los oficios de las mujeres”, Veronika Bennholdt y que trata sobre el saber hacer de las mujeres de aquí. María elabora frutas en almíbar que es una especialidad de la región. Desde un programa de desarrollo del estado se le pide iniciar una producción a gran escala. El estado le proporcionaría dinero para el crédito y María estaría a cargo de la instrucción de las mujeres y la organización de la producción y la comercialización. María objeta que una producción de este tipo sería demasiado difícil de administrar, que ella prefiere tener al final del día el dinero en sus manos. Y que tampoco quiere desvelar el secreto de la elaboración, y muestra sus dudas en caso de que el negocio no fuera bien... Pero si finalmente todo funcionara, con tanto trabajo no iba a disponer de tiempo para ir ni a fiestas, ni a compromisos sociales. Así que la empresa es demasiado insegura para ella, que con su trabajo ya le alcanza para vivir la vida a su manera.

El 75% de los alimentos del mercado son de la propia región, es decir que se consume lo que se ha producido y preparado aquí. Podemos deleitarnos con los frijoles de Chimalapas, los camarones secos del barrio de San Mateo, la gran diversidad de totopos, queso fresco, tamales y joyas de oro. Las comerciantes del Istmo son famosas en todo México porque también se dedican al comercio a distancia. Se las encuentra en América Central y hasta en EEUU. Venden sus especialidades. Se las ve en las terminales de autobuses de la región (durante mi viaje a Juchitán desde la capital, México D.F., viajé con ellas en los autobuses regionales).

---

## Conclusiones

El tiempo que pasé en Juchitán y el trato cotidiano con sus mujeres me enseñó que el tejido social de relaciones basados en la confianza, la reciprocidad, el intercambio, la donación de “limosnas” durante las ceremonias: matrimonios, bautizos, las comidas para acompañar a la viuda, la redistribución de alimentos durante las “Velas” y el orden moral, sentimental y de ayuda mutua que las juchitecas habían creado iba más allá de las relaciones económicas. Obedecía a una pulsión moral y de prestigio, a una reciprocidad interesada e interesante de describir, basada en las tradiciones y en el valor de la autoridad de la madre. Una madre que trabaja para el sustento de la familia, que da valor a la casa y seguridad a sus hijos. La casa de la madre es un lugar de aprendizaje para la vida. Se aprende a ser negociante, a regatear, a tener un espíritu fuerte, a afrontar la vida. Y en este don, nace una forma propia de abordar el comercio, de frenar las fluctuaciones de un mercado desestabilizador en el resto de México, y que aquí configura una realidad marginal y convive con una economía inteligente de subsistencia.

No interesa demasiado acumular, si eso no te da el prestigio y la aceptación de las comadres. Las mujeres no funcionan individualmente, crean entre ellas una red que las ampara de la falta, del disgusto, de la pobreza.

En la ciudad no se contempla la figura del ama de casa recluida y desvalorizada. Aquí no existe esta idea. La mujer tiene un lugar muy valorado por los hombres que admiran su habilidad y fuerza en la economía. Las mercancías que ellas venden no son solo bienes económicos, sino instrumentos que las asientan en un orden social que las protege y protege a sus hijos.

Elas quieren crear un sentimiento amistoso. Una reciprocidad equilibrada. No es solo la posesión de riqueza lo que crea prestigio, sino más bien su distribución. Las mujeres estimulan el comercio y la necesidad de cooperación.

La Revolución Industrial separó el trabajo de la vida y ahora en nuestra sociedad las distancias sociales se vuelven abismos imposibles de transitar. Nace la reciprocidad negativa donde el interés material es el único objetivo de la transferencia. El contrato. El intercambio monetario es la medida de valor. El mercado regulado por la ley de la oferta y la demanda, de hecho el comprador y el vendedor dependen de él para sobrevivir.

Releo el texto de K. Polanyi en “La economía como actividad institucionalizada”, y me detengo en estas líneas: “El hecho de que la economía de mercado constituya una institución social separada del resto de la sociedad y especializada en la producción y distribución de bienes, no quiere decir que la sociedad tenga una existencia autónoma e independiente al margen del mercado. Política y sociedad se hallan institucionalmente separadas del mercado pero su formación dinámica están determinadas por él.”



Asamblea de trabajo

Parece como si el comportamiento individualista, despiadado y práctico sea considerado el arma más eficaz para monopolizar la riqueza, la mejor manera de acumular el prestigio social. “Tanto tienes, tanto vales”. Y esta inmoralidad social lo abarca todo.

Miro ahora hacia mi mundo y me siento, a veces, ajena a decisiones políticas y económicas que afectarán mi bienestar. Y me digo, pobres de nosotros, sin el calor, la protección, y la proximidad del vecino. Y pobres nosotros, deshumanizados y fríos, ricos, ostentosos de poder, pero sin un grupo social que nos acune, sin nadie a quien dar, ni nadie de quien recibir...

Y si reflexiono más sobre cómo me gustaría que fuera mi espacio político, social y económico, puedo imaginar un lugar donde la amistad y la solidaridad tejieran sutiles lazos de ayuda mutua en una comunidad de hombres y mujeres, de mujeres y hombres.

---

## Bibliografía

- Lévi-Strauss, C, “Las estructuras elementales del parentesco”, Ediciones Paidós Ibérica, S.A., Barcelona, 1988
- Bennholdt, Veronika, “Juchitán, la ciudad de las mujeres”, Instituto Oaxaqueño de las Culturas, México, 1997
- Polanyi, K, texto del libro: “La economía como actividad institucionalizada”
- Lee, Richard B. “La subsistencia de los bosquimanos kung: un análisis de Input-output”, Antropología económica. Estudios etnográficos, pag. 35-64. Barcelona, Anagrama.
- Malinowski, Bronislaw, “Els argonautas del Pacific Occidental”, Edicions 62, Barcelona, 1986
- Malinowski, B, “La ley tradicional de los regalos de la cosecha”, cap. VI, El cultivo de la tierra y los ritos agrícolas en las islas Trobriand, pp.207-215.
- Poniatowska, elena, “Luz y luna, las lunitas”, Ediciones Era, México, 1994
- Mead, Margaret, “Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas”, Paidós, Barcelona 1982
- Segalen, Martine, “Antropología histórica de la familia”, Taurus Universitaria, Ciencias Sociales, Madrid, 2006
- Zonabend, F, “De la familia. Una visión etnológica del parentesco y la familia” a Burguière, “Historia de la familia”, vol I, pag 17-79. Madrid, 1988
- Juliano, Dolores, “Las que saben”, Edición Horas y Horas, Madrid, 1998
- Boyé, Anna, “Matriarcados”, Ayuntamiento de Barcelona, 2006